



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

El embrión humano, uno de nosotros

Dr. Juan de Dios Vial Correa
Profesor Titular
Facultad de Medicina
Pontificia Universidad Católica de Chile

Dr. P. Ángel Rodríguez Guerro
Profesor Asociado Adjunto
Facultad de Medicina
Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

Este ensayo plantea la equivocación ética que pesa sobre el embrión, al ser visto como un simple efecto de un procedimiento tecnológico, o producción industrial, objeto de una manipulación humana, con derecho a existir en función de la voluntad de sus padres.

Todo esto significa desintegrar a la persona, tratarla como se trataría a un objeto cualquiera. Valorar a la persona solo en base a su “perfección física” (basada en el diagnóstico prenatal), a cualidades o hitos de un desarrollo embriológico (buscando el momento en que empieza a ser humano), significa invertir la jerarquía de los valores y poner el valor “ser humano” bajo otros valores inferiores a él. Se desvaloriza así al hombre por su imperfección, rechazándolo por su condición terminal, descalificándolo por incapacidad, seleccionando vidas de 2ª o de 3ª clase. El hombre que se niega a sí mismo, establece condiciones de gran peligrosidad para su supervivencia futura.

El fundamento del valor hombre, aclaran los dos autores, se basa en la sacralidad de la vida; solo en ver el valor del hombre en su ser imagen de Dios (un ser para Dios, un ser en Dios, un ser en relación con Dios) hace imperativo protegerlo de ideologías que quieren su destrucción bajo máscaras de falsa autonomía. El tema de fondo es, por tanto, una desviación antropológica: *dar derechos al hombre con perfecciones materiales y rechazar al hombre con desperfectos*. Esto es doblemente equivocado: por lógica (no existe el hombre perfecto, todo hombre tiene desperfectos), por consecuencias (cualquier hombre podría estar en peligro en el futuro).

palabras clave: embrión humano; persona; sacralidad de la vida humana; valores humanos; imagen de Dios.

THE HUMAN EMBRYO, ONE OF US

This essay poses the wrong ethical approach that burdens the embryo, which is seen as a simple effect of a technological procedure, an object from industrial production, an object subject to human manipulation, whose right to exist is seen to depend on the will of its parents.

All this leads to the disintegration of the person, which is treated as we would treat any object. To value the person only on the basis of its “physical perfection” (using prenatal diagnosis), to qualities or landmarks of embryological development (searching for the moment in which it begins to be human), is an inversion of the hierarchy of values and of putting the value “of being human” under other lower values. Devaluing man by its imperfection, rejecting him by its terminal condition, disqualifying him by incapacity; by doing this, man negates himself and sets forth conditions of great danger for his future survival.

The foundation of the value of man, both authors clarify, is based on the sacrality of life; only in seeing the value of man in his being an image of God (a being for God, a being in God, a being in relation to God); it is imperative to protect it from ideologies that want their destruction under masks of false autonomy. The basic subject is, therefore, an anthropological deviation: to give rights to the man with material perfection and to reject the man with flaws. This is doubly mistaken: by logic (the perfect man does not exist, all men have flaws), by consequences (any man would be in danger in the future).

Key words: human embryo; human person; human sacredness; value of man; in God’s image.

Preámbulo

Queremos un estudio a fondo de la realidad, pero de la realidad sin distorsiones, sin mutilaciones. Ahora bien, hoy se tiende a mirar la realidad del hombre en forma fragmentaria, parcelada: sus aspectos médicos y biológicos se toman como si se dieran separados de las implicaciones morales, antropológicas y religiosas que ellos tienen por el hecho de afectar a la persona. Cuando hablamos de la vida humana, queremos mirarla entera.

El acto conyugal que engendra un hijo es fundamentalmente un acto de relación entre personas, entre un hombre y una mujer. El procedimiento que fecunda un huevo en el laboratorio es una cadena de pasos tecnológicos. Un poco de reflexión muestra que se trata de dos formas enteramente distintas de encarar el problema de la procreación. Sabemos que cada uno de los pasos de la técnica puede ser moralmente objetado, pero se pretende justificar esas transgresiones en nombre del fin perseguido.

Lo que ocurre es que en vez de procrear un hombre, se está produciendo industrialmente un ser humano; y la ley de la producción es la eficiencia. Lo que vemos aquí es que en su punto más sensible, que es el de la generación de una nueva vida, el ser humano se ha hecho objeto de la técnica, ha dejado de ser mirado como persona, reduciéndolo a la condición de producto. Detrás de la técnica médica hay aquí una nueva mirada sobre el hombre, que se transforma en objeto de manipulación técnica sin otras reservas que las del consenso o la conveniencia social. La ciencia ha mostrado que no es neutra frente a la realidad

humana, por el contrario: *si no mira al hombre entero, lo desintegra. Si mira al hombre entero, todos los adelantos de la ciencia son benéficos, son positivos, son enriquecedores de la vida. Si mira a un hombre fragmentado, todos los adelantos pueden ser peligrosos, o dudosos.*

La disociación tecnológica del aspecto unitivo y el aspecto procreativo en la relación entre el varón y la mujer, significa introducir un concepto nuevo de sexualidad, y por lo tanto de humanidad. Obliga a inventar una serie de criterios de valoración para las relaciones de los sexos que partan de la base de que el sexo, esa fuerza primordial de la naturaleza humana, ha perdido su sentido básico y se ha disociado del ejercicio integral de la vida personal. Se produce necesariamente una revolución de las relaciones sexuales. Lo que se llama una liberación sexual, o el sexo seguro, no es más que el desprenderse el sexo de la integridad de la persona, de su responsabilidad, su inteligencia y su voluntad, y la provocación consiguiente de la desintegración en la noción misma de la persona.

El acto conyugal es un acto de relación entre hombre y mujer. El procedimiento de fertilización *in vitro*, en cambio, es un acto de producción tecnológicamente ordenado en una cadena de fines y medios. Si hubiera dudas sobre esto, basta pensar que el verdadero fracaso en un acto conyugal es el fracaso de la relación, mientras que el fracaso de la fertilización asistida es simplemente que no se obtenga el producto.

Esto es lo que significa *introducir una racionalidad tecnológica en la procreación*; ello es completamente independiente de las intenciones y deseos de los interesados. Porque un hijo o una hija no es nunca un producto técnico. *Se oye por ahí decir muchas veces que las parejas tienen el derecho a un hijo.* Ya en esa frase tan inocente se halla el germen de la desviación tecnológica del acto conyugal. Porque lo que se llama tener derecho es algo que vale de las cosas o de los actos: tengo derecho a ir al cine, tengo derecho a mi casa. Pero no se puede decir en la misma forma que yo tenga derecho a una persona; a las personas no se tienen derechos: dentro del matrimonio yo tengo derecho a los actos que conducen a tener un hijo. Derecho al hijo tendría solo si el hijo fuera una cosa.

Ahora bien, qué significa que un acto adquiera una racionalidad tecnológica. ¿Qué pasa con la producción? Vamos directamente a algo que toca muy de cerca a la fertilización *in vitro*: toda forma de producción tiene subproductos, tiene desechos industriales. Y – por buena que haya sido la intención primitiva– ocurre que la producción industrial de hijos ha creado el problema de los desechos, y los principales desechos son aquí los embriones humanos.

Hay aquí una consecuencia que no apareció clara al inicio del procedimiento, pero que ahora se ha puesto trágicamente en evidencia. ¿Qué significó la destrucción de tres mil embriones congelados en Gran Bretaña? ¿Qué van a significar los casos futuros e inevitables en los que aplicando la misma legislación se va a proceder de la misma manera?

Entonces no se nos puede decir que cuando hablamos de racionalidad tecnológica y decimos que con ella se ha sustituido a la racionalidad unitiva del acto conyugal, estemos diciendo cosas sutiles o enredadas que no pueden ser tomadas en cuenta por quienes están afligidos y buscan remedio al mal de su esterilidad. Los miles de embriones congelados en el mundo atestiguan que esa distinción entre unitivo y tecnológico es bien real.

Al hablar de la racionalidad de un acto, estamos hablando del significado del acto, o de la naturaleza del acto, términos que suenan a abstractos, a deshumanizados, *pero que están siendo usados también para proceder contra los embriones.*

Desde hace varios años que algunos biólogos del desarrollo afirman que el embrión antes de la implantación en el útero no es propiamente un ser humano, una vida humana individual, y que es solo un tejido humano, un algo que debería ser tratado con algún respeto especial, tal vez como tratamos con respeto a los cadáveres, pero que no merece de ninguna manera el respeto incondicional que se le debe a la persona humana. En vez de hablar de embrión, se hablaba entonces de preembrión, y se llegaba con una cierta dosis de humor negro a decir que una manifestación de ese respeto especial podía ser el uso de estos embriones precoces en experimentos que beneficiarían a la humanidad: *era una manera de honrarlos, y al mismo tiempo una justificación para producirlos.*

Una aproximación más cautelosa ha sido la de sostener que los embriones que llevan pocas horas desde la fecundación, no serían embriones.

La pregunta obvia es, si no son embriones ¿qué es lo que se está implantando? No serían embriones ¿y sin embargo se habla de su padre y de su madre? La verdad es más simple: el desarrollo de un ser humano individual es un proceso continuo que va desde el instante mismo de la penetración del espermatozoide, hasta la muerte. No se ha conseguido mostrar ni un solo argumento convincente para decir que el estado de pronúcleos, por ejemplo (en el que se inicia ya la primera división celular con la síntesis del ADN), sea otra cosa que un momento de mi desarrollo en el que yo era una célula con dos núcleos. Sé que hay gente a la que nuestra argumentación no la convence; pero es tan grande el daño de matar a una persona, que bastaría que hubiera una posibilidad respetable de que tengamos razón para que fuera inaceptable la intervención directa contra un embrión.

La realidad es que nos hemos llenado de desechos, residuos y sobras de un proceso industrial, y estamos buscando ahora un discurso que nos permita aprovecharlos para nuestros fines.

No creemos que el problema más importante sea hoy un problema objetivo, como el definir desde qué momento el embrión es un ser humano. De hecho, es tratado como si no lo fuera, aunque nadie podría afirmar que no lo sea y aun cuando los argumentos en favor de que sí lo es son numerosos, y no teológicos, sino científicos y filosóficos. El verdadero problema es que a éstos, que son seres humanos con los mismos derechos básicos que cualquiera de nosotros, se los trata como si fueran material para ser usado en

un proceso de manufactura. No es que no se esté seguro de que el embrión es un ser humano. Es que se ha escogido el camino de no respetar a todos los seres humanos, sino solo a aquellos que cumplan ciertas condiciones que nosotros mismos fijamos y establecemos.

La raíz del problema es que se hace difícil respetar de verdad a las personas humanas, cuando no nos son útiles. Si por el contrario pensáramos que la vida de una persona es sagrada no podríamos usarla en un proceso industrial. Y si no pensamos que es sagrada, entonces es lícito poner muchas más cosas en cuestión. Se darán vidas de primera, de segunda y de tercera. Vendrán –como ya han venido– importantes bioéticos que piensan que un animal sano es más valioso que un niño congénitamente enfermo. Será lógico ponerle precio a la vida de los viejos o de los enfermos incurables, y recurrir a la eutanasia. Todos conceptos que eran abominables hasta hace poco y que han entrado como por la puerta ancha.

Ahora bien, como no se puede encontrar en toda la vida del individuo desde el huevo hasta el adulto ni un solo punto de corte, de interrupción, en el que uno podría decir: antes de ahora este individuo no era un organismo humano, y ahora sí que lo es, entonces resulta que nunca –desde el momento de la fecundación en adelante– podríamos estar razonablemente seguros de que este cigoto, este embrión, este feto, no es un miembro de la especie humana y por lo tanto uno de nosotros, y, como tal, dotado de algunos derechos que son inalienables.

Cuando se trata de algo tan grave como es quitarle la vida a una persona, basta la duda para que se detenga la mano del victimario. ¿Cómo va a ser lógico no darle el mínimo beneficio de esa duda al embrión humano?

¿Cómo se entiende entonces que se hagan y se propongan las cosas que hemos visto y que se reducen a tratar a los embriones como material industrial, como material de experimentación o lo que sea?

Creemos que se entiende, no tanto porque se cuestione la condición del embrión humano. En efecto, estamos en una época en la que se le han negado derechos fundamentales al feto, ¿por qué no se le habrían de negar al embrión? Más todavía, hay quienes se los niegan a los ancianos, a los enfermos desahuciados o inútiles, ¿por qué habría de irles mejor a los embriones?

Nos parece que la postura tolerante frente al aborto, o a la experimentación o a la manipulación de embriones, no sería posible si no existiera un trasfondo de menosprecio por la persona humana en general.

Es paradójico que esto lo piensen personas que están conscientes de que la ética moderna se nutre del respeto a las personas humanas.

La respuesta la da la fe en que esa nostalgia de la persona es el anhelo de Dios, el anhelo de felicidad puesto en el corazón humano. Queremos plenitud y sabemos que podemos y

debemos desearla. Y sabemos que la más cercana aproximación a la plenitud de Dios es esta imagen suya presente en cada uno de los seres humanos. Y que cuando negamos esa realidad nos estamos negando y destruyendo a nosotros mismos. Y en la figura aparentemente insignificante del embrión humano, y en la consideración que tengamos hacia él, lo que está pendiente es la fundamental razón de nuestra propia existencia.

Lo que estamos diciendo es que la vida es sagrada, porque en ella se manifiesta, se revela, Dios mismo. Pero ¿cuál es esa vida sagrada, que es modo de manifestarse del misterio de Dios, y que por esa manifestación se hace fundamento de una nueva realidad? A esa pregunta contestamos resueltamente que estamos hablando de la vida humana.

Esta es una afirmación que en nuestro tiempo tropieza con fuertes resistencias de parte de quienes quisieran que la vida humana fuera poco más que un dato biológico, o sociológico o psicológico, para ser manejado por la técnica y la ciencia.

La fe nos muestra que la vida humana es más que digna, es sagrada porque es en ella donde ha escogido revelarse el misterio de Dios. La Revelación de Jesucristo nos dice que no nos hemos engañado al pensar tan altamente el hombre.

Basta con mirar en torno a nosotros para darnos cuenta de que esa es una verdad que es urgente proclamar, porque este siglo que vivimos, tan rico en maravillosos progresos, tan fuerte para abrir nuevas perspectivas, para aliviar sufrimientos, para procurar placeres, es sin embargo un siglo que ha pensado y que piensa bajamente del hombre. Cuántas veces se lo mira como a una creatura sin trascendencia y sin sentido; un individuo para ser movido por la propaganda, para que sean exaltados sus sentidos, para ser explotado o burlado, un mero instrumento del poder, y no solo del poder brutal de la fuerza, sino de ese otro poder sutil que infiltra la sociedad inspirando valores antihumanos. Cuántas veces se piensa en el cuerpo como en una simple máquina, de tal forma que basta con que mis intenciones sean buenas para que el uso que le dé sea legítimo.

Cuando decimos que la vida humana es sagrada, y que queremos partir de allí, estamos afirmando que en todas nuestras consideraciones médicas, biológicas, psicológicas que se refieran al hombre tenemos que partir del carácter absolutamente único, irreductiblemente único del ser humano, que en su condición espiritual y corporal está abierto a la relación con Dios y con los otros. La persona humana es como la cumbre desde la cual miramos todos los aspectos biológicos, médicos, psicológicos del hombre, y sabemos que esa perspectiva enriquece nuestra mirada sobre cada uno de esos aspectos. La perspectiva, la mirada, no cambia por cierto un hecho biológico: este sigue siendo el mismo; pero lo presenta bajo un ángulo distinto, con una significación diferente, revela cuál es su modo de inserción en la realidad global y nos permite determinar las condiciones bajo las cuales es lícito y positivo utilizarlo.

Y es evidente que las actitudes ante algunas de estas nuevas responsabilidades nos dejan inquietos. Nos deja inquietos la fuerte tendencia a deshacer la integridad de la persona

humana. Eso es lo que se hace al arrancar los más fuertes instintos a su unión con la norma moral; eso es lo que se hace al separar la procreación de la unión conyugal; es lo que se hace cuando se le permite al interés social o particular decidir sobre la vida de un ser humano indefenso, ya sea un embrión o un anciano, o un discapacitado de cualquier forma y de cualquier edad. Es claro que todas estas desviaciones obedecen a desviaciones fundamentales en la visión del hombre. Entre sí, estas desviaciones son a menudo coherentes: porque lo que pasa con ellas es que en el fondo desprecian al hombre.

Un mundo que rechaza a los embriones, a los ancianos, a los enfermos, a los moribundos, está diciendo que rechaza al hombre, que quiere seleccionarlo, que quiere quedarse con la parte del hombre que le convenga o lo halague, y que terminará disimulando su postura bajo el nombre siniestro de la eutanasia y el aborto en sus diversas formas.

1. Una mirada en perspectiva biológica

Hay un momento preciso en el que se inicia la vida de un mamífero cualquiera y, por lo tanto, la de un ser humano. Ese instante se da cuando el contenido del espermatozoide se funde con el del óvulo. Hasta ese momento teníamos dos células distintas. La vida del óvulo estaba destinada a durar unas horas, la del espermatozoide unos días. El cigoto, o sea la célula generada en aquella fusión, inicia un proceso de cambio y desarrollo que puede durar muchos años, y que es la trayectoria de vida de un organismo de la especie humana, o sea, “uno de nosotros”.

Es evidente que una aproximación puramente científica, experimental, se queda muy corta para definir al ser humano. Sin embargo, los métodos científicos de exploración (la microscopía, la biología molecular, principalmente) nos permiten seguir bastante lejos en su conocimiento, a condición de que no nos olvidemos de que no podemos siquiera imaginar una forma de ciencia que nos explicara cabalmente al ser humano.

Hechas estas prevenciones, nos vamos a detener sobre el embrión humano en períodos muy precoces de su desarrollo: una sola o unas pocas células, nos proponemos explorar y explicar la afirmación de que el embrión humano –ese embrión humano muy precoz– *es un organismo perteneciente a la especie humana.*

Salta en primer lugar la objeción: el embrión no es un organismo. Es apenas una célula o un montoncito de células. Pero entonces tenemos que preguntarnos qué cosa es propiamente un organismo.

Es un individuo de una especie biológica, o sea, una estructura biológica bien acotada en el espacio: no es una entidad difusa o indistinta como puede ser la propia especie biológica. El organismo no es un concepto, es un ente concreto.

Un organismo evoluciona en el tiempo desde que toma su comienzo hasta que se muere. Todo organismo sigue un camino de desarrollo que es “robusto”¹ y que está prescrito

por la especie a la que pertenece. Esto significa que el camino tiende a regularse para mantenerse firme, y que la trayectoria de sus cambios se defiende de perturbaciones externas, en tal forma que el estado de desarrollo puede ser predicho con razonable exactitud desde cualquier instante de su vida. Si yo tengo un embrión de rata o de pollo de un número conocido de horas de vida, digamos de 36 o 48 horas, yo— con los conocimientos de la biología de esa especie— puedo predecir cuáles características tendrá dentro de tantos días o semanas. “Trayectoria de desarrollo” no es entonces un término vago o extracientífico: es una manera de designar el comportamiento del embrión en desarrollo, y la trayectoria está hecha por la sucesión de todos los estados del desarrollo. Por supuesto que todos estos caminos tienen lugar dentro de un espacio físico: al interior del organismo.

Por supuesto que esto no es privativo de la especie humana. También ocurre lo mismo con la rata o con el pollo. El embrión tiene en cada especie un camino de desarrollo que le es propio, y que solo puede alterarse dañando gravemente su vida. Por eso la expresión que se suele usar, de que un embrión es un “montoncito de células nomás”, es simplemente manifestación de ignorancia. Fuera del embrión no hay ninguna célula, ningún montoncito de células, que vaya a desarrollarse ordenadamente hasta constituir un organismo.

Un testimonio práctico —por desgracia casi cotidiano— del significado de la “trayectoria de desarrollo” es el que da la técnica de la fertilización *in vitro*. Cuando en el útero de una mujer se implanta un embrión de pocas células, nadie, ni ella, ni su esposo, ni los operadores sanitarios involucrados van a pensar que le están implantando un “montoncito de células”. Decirlo así sería simplemente una burla. Todos saben que pasados algunos meses ese grupo de células va a aparecer no solo como un individuo perfectamente caracterizado de la especie humana, sino como un hijo/a de fulano y mengana. *A contrario sensu*, si a la madre se le dijera que han sobrado algunos “montoncitos de células” y que se los quiere implantar en otros vientres, lo normal sería que ella protestara incluso airadamente, porque están poniendo sus hijos en úteros ajenos.

Ahora, frente a un embrión, de qué manera podría yo asegurarme de que es un embrión humano, si no tengo datos de su historia, y no puedo o no quiero esperar su desarrollo. Por supuesto que basta con sacar una de las células y analizar su ADN para comprobar que se trata de un organismo humano.

Pero ahora cabe otra pregunta. Concedamos lo dicho: el embrión tiene una trayectoria de desarrollo que es propia de su especie y eso lo hace siempre distinto a cualquier “grupo de células”. Cabe la pregunta: ¿desde cuándo?, ¿cuándo comienza un embrión?

Insinuábamos una respuesta al comenzar este artículo. Pero creo que vale la pena precisarlo.

Se suele decir que el embrión empieza cuando se fusionan los núcleos de la célula paterna y la materna, cuando se juntan el ADN del padre y el de la madre en un solo

núcleo. Esto significa que hay un período breve de tiempo, antes de esta fusión, en que el óvulo fecundado no es todavía un embrión sino que hay que buscarle otro nombre.

Esto no es verdad. Lo que importa es cuándo comienza a funcionar un nuevo organismo, aunque sea en una sola célula. Y un organismo empieza cuando un conjunto de componentes de un sistema bioquímico empiezan a comportarse coordinadamente, y a construir una trayectoria de desarrollo.

El espermatozoide y el óvulo son dos sistemas químicos independientes que podrían tener muchos destinos. Pero hay un momento, el de la fertilización, cuando se funden las membranas de ambas células. En ese instante, los sistemas químicos separados empiezan a evolucionar como uno solo. Dentro del espacio confinado del cigoto u óvulo fecundado, todos los elementos entran en una trayectoria o evolución conjunta^{2,3}.

Lo primero es que el óvulo muestra una serie de cambios químicos que bloquean la poliespermia, o sea la penetración de espermatozoides adicionales. En segundo lugar, la cabeza del espermio que ya está dentro del espacio del óvulo sufre cambios químicos importantes: su envoltura se desintegra, pierde sus proteínas propias, las protaminas, y las reemplaza por otras que le proporciona el óvulo, las histonas. Al microscopio esto se observa como una descondensación de la cabeza del espermatozoide. Pero este material nuclear no queda largo tiempo expuesto al citoplasma del huevo. Antes bien, se desarrolla ahora una nueva envoltura nuclear de complicada estructura. Ella encierra al ADN espermático y a otros componentes que son proporcionados por el huevo, de tal modo que con participación de componentes espermáticos y ovulares, en un solo proceso, se sintetiza el ADN que completa al que traía la cabeza del espermatozoide. Así, por un complejo proceso en el que participan componentes de la célula paterna y la materna en una sola unidad, se llegan a generar las estructuras que se llaman del pronúcleo masculino (que de masculino no tiene estrictamente más que la mitad de su ADN). El proceso continúa con la disolución de la envoltura del núcleo y el alineamiento de los cromosomas para desarrollar la primera división de las células del embrión. Pero es necesario al mismo tiempo que unos componentes importantes del espermatozoide, los centríolos, que van a dirigir, por así decirlo, la división nuclear, y que no tienen equivalente en el óvulo, se sitúen como corresponde, uno hacia cada polo de la célula.

Lo que hemos dicho hasta aquí es que desde el momento en que se funden las membranas celulares del espermatozoide y del óvulo y sus componentes se incorporan a un espacio común, en una sola cavidad, se inicia una serie de cambios coordinados en que componentes paternos y maternos interactúan como una sola unidad. No hay ninguna razón válida para decir que el embrión empieza con la primera división. El embrión empieza cuando se mezclan los componentes ovulares y espermáticos y empiezan una cadena de cambios que son el inicio de una trayectoria de desarrollo.

Es en ese momento muy precoz, minutos o segundos después de la penetración del espermatozoide, cuando se genera un organismo de la especie que sea, en este caso que nos interesa, de la especie humana.

El proceso de desarrollo sigue en forma continuada, sin interrupciones. Por supuesto que nosotros, los observadores, podemos darles nombre a las etapas, para entendernos en su descripción. Eso será siempre válido con tal de que no olvidemos que el proceso es continuo. Hay un momento importante en el desarrollo que es el de la implantación del embrión en el útero. Pero esto no es un verdadero comienzo. El embrión que se implanta es ya un organismo perfectamente estructurado. Necesita de la implantación para sobrevivir, pero su vida no comienza allí.

No vamos a detallar las etapas que nos llevarían hasta el feto de término y el recién nacido. Esa continuación de la trayectoria está lejos del objeto de estas líneas. Lo único que queremos resaltar es que en la fertilización comienza un nuevo organismo humano, o sea un nuevo miembro de la especie humana.

Pero ser miembro de la especie humana, es ser miembro de la humanidad, es uno de nosotros los hombres.

Pero ¿quiénes somos nosotros, los seres humanos? Aquí no hay duda de que el estricto camino de la ciencia natural nos abandona. La ciencia nos puede decir mucho sobre cómo somos, cómo funcionamos, cómo se nos puede clasificar. Pero la ciencia es un producto del hombre, del ser humano. Y la filosofía también. Todo lo que podamos saber es sabido por el hombre. En ese sentido, el ser humano trasciende a todo lo que sabe, tiene algo de superior, de anterior a todos sus productos, a todas las ciencias, a todas las técnicas. Entre todos los seres que conocemos, el ser humano tiene eso de distinto, que él contiene en cierta forma a todas las cosas. Santo Tomás de Aquino lo expresaba diciendo que “el alma humana es en cierta forma todas las cosas”. Y eso no se puede decir de ninguna otra criatura del mundo material. Cada ser humano es único, no porque sea único su ADN, sino porque cada ser humano es un modo único de trascender, de conocer, de amar el universo. Y el camino de desarrollo de cada ser humano es el modo como se genera el instrumento que tiene ese destino. No hay ningún punto en la trayectoria de desarrollo del embrión del cual se pueda decir: aquí empieza a ser humano. El embrión es humano desde que inicia su vida, desde el momento de la fertilización, de la fecundación. Y desde el momento en que es humano, es uno de nosotros.

Esto lo sabe gente sencilla de modo casi instintivo. Como lo muestra la siguiente anécdota: Hace algunos años, en Gran Bretaña, llegó el momento en que la ley ordenaba “dar de baja”, eliminar, a todos los embriones que se conservaban congelados porque no habían sido implantados. Era la primera vez que se hacía, y el número de embriones atrozmente “sobrantes” era de más de tres mil. Naturalmente esto causó cierta conmoción pública. Recuerden un programa de televisión británico en que iban a entrevistar a una señora que tenía una chica encantadora de unos tres años de edad, generada por fertilización *in vitro*. Y la madre explicaba que ella no había querido o

podido implantarse los embriones que habían sobrado. Y lo decía como con remordimiento y con pena, porque tenía muy claro que eran sus hijos, no unos “montones de células”. Y le mostraba al periodista la primera fotografía de su hija, tomada a través del microscopio por el médico, cuando la niña era un embrión de dos células. Esas dos células eran su hija, un miembro de la familia, uno de nosotros.

2. Una mirada como paciente

Hay todavía más. En la fertilización *in vitro* y el consiguiente y exigente “diagnóstico prenatal”, al pobre embrión se le exige, ya desde sus primeros estadios de vida, un estado de perfección física de tal naturaleza que difícilmente se encontraría esa perfección física en la persona ya nacida y crecida. Habría que decir, en todo caso, que aun encontrándole toda esa perfección, desde que ve la luz en este mundo, nadie puede garantizarle que la conservará hasta su muerte.

Es precisamente en esta especie de búsqueda de una salud “absoluta” que el embrión se convierte en un *paciente* del todo particular. Un embrión a quien si se le encontrara por medio del *diagnóstico prenatal*, no ya alguna enfermedad congénita, sino algún gen que en su desarrollo futuro pudiera dar lugar a alguna enfermedad grave o menos grave, este “paciente-embrión” será eliminado, cosa que no sucedería con una persona adulta a quien encontráramos la misma enfermedad a los 40 años de edad, pues sería penalizado por la ley.

A un niño apenas nacido sus padres lo llevan al pediatra; en cambio el embrión, a veces, no tiene ni siquiera un padre que lo reconozca y, cuando ya se lo ha reconocido, en muchos casos es hijo del deseo o del capricho de alguien. *De este modo el hijo cuando se lo deja nacer no es un don, sino un deseo al cual –yo adulto– tengo derecho, es algo, un objeto, que yo tengo derecho a tener y si puedo, me lo compro*⁴.

Particularmente, usar embriones humanos para la investigación y para uso terapéutico en adultos plantea una serie de dilemas éticos que parten del supuesto de *cuál estatuto antropológico ha de darse al embrión*. A la luz de lo expuesto podríamos responder: pero si es muy sencillo, desde el momento en que se es concebido ya no hay ninguna interrupción hasta el momento de la muerte y por tanto el embrión tiene su dignidad ontológica desde ese mismo instante. Y sin embargo no es así: en virtud de los intereses económicos que hay detrás de la *fecundación in vitro* –que son muy altos– y de la experimentación científica hecha a fin de conseguir con las primeras células –así llamadas totipotenciales– el desarrollo de órganos humanos para ser trasplantados en adultos, una buena parte de las legislaciones acepta que el embrión es un ser humano a partir del día 14º en que se anida en el endometrio, hasta ese momento es un conglomerado de células que se puede hacer con ellas lo que se quiera, desde experimentar con ellas hasta tirarlas al cubo de la basura.

3. Una mirada desde la perspectiva de su ser persona

El conocimiento de quién es el embrión humano nos viene dado sobre todo cuando se le mira también desde otro horizonte, cual es el metafísico. No hay muchos “yo” a través de la vida en la persona humana, sino un único “yo” que no puede empezar sino en el instante mismo de la concepción o fertilización y termina con la muerte del ser humano. La observación del desarrollo de este “yo” nos dice que el ser humano es heredero de valores que nada tienen que ver con la carne o con la sangre, tanto es así, que muchos de ellos se imponen a la voluptuosidad de la carne misma.

De nada serviría lo que estamos diciendo si este “yo espiritual” fuera el resultado, desde el inicio hasta el final, de la evolución biológica del genoma humano, unido a la evolución también de la psicología, una parte heredada y otra adquirida, esta última de carácter familiar, político, cultural social, etc. Aquí definir al ser humano sería muy fácil: “un ser para el cementerio” que es lo mismo que decir que es un “ser en sí” o “para sí” o “para la sociedad”, con la consiguiente depresión y desesperación producida por el hecho de que todo se vacía de contenido, todo pierde dirección, sentido y significado. Vano sería creer, como dice San Pablo, pero vano sería el amarse, el sufrir, el llorar, el vivir e incluso el morir. El ser humano o es un ser para Dios o no lo es para nadie, porque la única gloria que existe es la suya, el mundo ha demostrado hasta ahora no tener gloria real que darle a nadie.

Por otro lado, la experiencia personal de cada uno y la experiencia de la historia humana nos dicen que el ser humano es alguien con conciencia de Alguien. Alguien que, definiéndolo desde dentro de su propio espíritu, lo constituye en persona, dejándolo abierto con su acto Absoluto a los demás seres humanos, al cosmos y al mismo Absoluto. Esto requiere aceptar que en el mismo instante de nuestra concepción, ni antes ni después, Dios interviene infundiéndonos un espíritu en el que se presencia y no retira su presencia constitutiva hasta el instante de la muerte. Nos deja en un estado dialogante y comunicativo que nos es indispensable para el ejercicio como personas humanas a través de toda nuestra vida.

El “yo” o espíritu personal contiene en sí estos factores determinantes de unidad mucho antes de las primeras experiencias fácticas que acuden a nuestro recuerdo, pues nuestro “ser persona” es antes que nuestra efectiva capacidad del recuerdo, de nuestra memoria, de nuestra imaginación, de nuestros sentimientos, de nuestros afectos, y, cómo no, de nuestra cultura, de nuestra educación, de nuestras formas de pensar y de actuar, e incluso de nuestros conocimientos científicos. Es por este motivo que desde el mismo instante de nuestra concepción, en nuestra condición de embriones, somos personas⁵.

Este “yo”, entonces, no surge con la experiencia, ni con el razonamiento, ni con el lenguaje, ni con la cultura; antes, al contrario, es esto lo que, en el proceso viador, surge de un yo sicosomatizado que, genetizado por la divina presencia del Sujeto Absoluto, está capacitado para ello, dentro de un límite formal abierto al límite trascendental⁶.

El valor de la vida humana no deriva de aquello que un sujeto hace o realiza, sino simplemente de su existencia con su ser constituido en relación con Dios; la raíz del valor de la inviolabilidad de toda vida humana está últimamente en Dios. En

consecuencia, sea joven o adulto, sano o enfermo, embrión o neonato, genio o idiota, el valor de todo ser humano es totalmente independiente de la cualidad de sus prestaciones y de su vida; lo que verdaderamente cuenta es su ser en relación con Dios⁷.

El hombre no es una cosa, un objeto entre los demás objetos, al cual se le puedan aplicar para juzgarlo los criterios y las formas de acción que se usan con los objetos. El hombre tiene esa propiedad especialísima que es su dignidad: y la Iglesia sabe y proclama que la dignidad del hombre está inseparablemente unida a su condición de creatura de Dios. Cuando el hombre se sabe creatura, se sabe regido por la Ley de Dios, entonces rescata su propia dignidad. La corrompe en cambio cuando reclama una condición que no tiene, cual es la de dueño de su propio destino y del destino de los demás.

Cada uno de nosotros al mirar hacia sí mismo sabe con certeza algunas cosas: Yo sé que hay algo en mí, que es lo más profundo y auténtico que no es instrumento para nada ni para nadie, que tiene algo de un valor absoluto, que es un centro de conciencia y autodeterminación. Hay algo que no está en mis manos para que disponga de ello, sino que simplemente soy. No puedo mirarme como si yo fuera medio o instrumento para algo. Y al mismo tiempo sé que vivo junto a otros que son –cada uno de ellos– también algo absoluto, que no es instrumento para mí ni para nadie, que está dotado de conciencia y libertad.

Yo aspiro a una plenitud, a la felicidad. Ya sea que me encuentre en la cumbre de la vitalidad y la alegría, ya sea que me halle sumido en el tedio o en el dolor, no puedo vivir sin desear algo más, sin aspirar a ser más feliz. Nuestro corazón está siempre inquieto, incierto y dividido, porque en cada recodo del camino presiente una plenitud que no tiene, experimenta un deseo de absoluto que lo lleva a buscar la relación con otros que tienen también un valor absoluto, y que lo lleva a buscar, aun sin quererlo, a un Absoluto que está más allá de los demás hombres y mujeres, y en el que intuye que podría saciar su sed de ser feliz: *Fecisti nos ad Te Domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te...* decía San Agustín.

Entendemos espontáneamente que el hombre es más, infinitamente más que todos los productos de su espíritu, que todas las ciencias que ha creado, que todos los objetos que entiende e imagina. Sería una actitud reduccionista la de someter la dignidad del hombre y hacer de este un simple objeto de la Biología, o de la Psicología o de la Sociología, o de cualquier otra creación humana. El hombre es el autor de ellas y, en el núcleo mismo, habría una contradicción en someter al autor al dominio, al juicio de sus propias creaturas.

Pero –y eso es obvio, pero siempre olvidado– esta realidad de la persona se da en un cuerpo, sometido a todas las leyes que investigan las ciencias. Es mucha la gente que quisiera mirar al cuerpo como un instrumento, como una especie de máquina con la cual yo puedo hacer lo que quiero, porque lo que haga con él no me compromete a mí, no compromete el núcleo mismo de mi persona. Y eso es un trágico error: somos en un cuerpo, y todo lo que hagamos en él nos compromete enteros.

En la fe conocemos cuál es la verdadera raíz de esta misteriosa grandeza del ser humano. Con palabras del Concilio, “solo en el misterio del Verbo Encarnado se empieza a aclarar el misterio del hombre”. La realidad misteriosa del hombre recibe su luz de que en ella se manifiesta en forma perfecta, en que es como el lugar escogido para la más admirable de las obras de Dios, la más adorable de sus manifestaciones que es la Encarnación del Verbo de Dios.

Mientras que toda relación con el otro es *reveladora* de mi ser persona, la relación con Dios *es constitutiva de mi ser persona*. Cada uno de nosotros existe como persona porque su ser está en relación con el misterio trascendente del Ser. Si bien es verdad que cada uno de nosotros se humaniza en el momento en que viene acogido en una red de relaciones interhumanas, es también verdad que la acogida por parte del otro no constituye a la persona en su ser y en su valor. El *otro* no me atribuye ser y valor, sino que lo reconoce, porque mi ser y mi valor están constituidos por mi relación con la *alteridad fundante*, con Dios⁸.

Citas

¹ Goodwin B. Development as a robust natural process. In Thinking about Biology. W. Stein and F. J. Varela eds. 1993. Addison Wesley Publishing Co., pág. 123-149.

² Menezo Y., Regard J. P. The life of the egg before implantation. En Thibault Ch., Levasseur M. C., Hunter R. H. F. (eds.): Reproduction in mammals and man. Ellipses, pág. 349-368.

³ Yanamigachi R. Mammalian Fertilization. The Physiology of Reproduction L. Knodul & J. Neill eds., Raven Press, 1988, pág. 135-185.

⁴ Cuando el espermio es de un donador diferente al padre, el óvulo no pertenece a la madre, la fecundación la provocó el técnico en su laboratorio y frecuentemente el útero que llevará adelante la gestación pertenece a terceros, la pregunta es: ¿de quién es hijo este ser humano?, y lo peor es que, cuando creciendo este niño, busque a su padre o a su madre, lo más probable es que lo único que se le pueda ofrecer sea una probeta de laboratorio.

⁵ Rielo, F. Mis meditaciones desde el Modelo Genético, Fundación Fernando Rielo, Madrid 2001. pág. 100.

⁶ Rielo, F. *Ibíd.* pág. 134-135.

⁷ Faggioni, M. La qualità della vita e la salute alla luce dell'antropologia cristiana en “Qualità della vita ed etica della salute”. PAV Ed. Libreria Editrice Vaticana 2006, pág. 28. Ver también B. de Angelis, La divinizzazione dell'uomo in Massimo il Confessore.

En Divus Thomas n° 42, 3/2005-Año 108°; La dignità della persona umana e l'ambiente divino. Ed. Studio. Domenicano. Bologna 2005, pág. 65-80.

⁸ Cf. Faggioni, M. La qualità della vita e la salute alla luce dell'antropologia cristiana en "Qualità della vita ed etica della salute". PAV Ed. Libreria Editrice Vaticana 2006, pág. 28.